LAS BATALLAS DE MARZO Y LA INDEPENDENCIA DOMINICANA.

Por Juan Daniel Balcácer

Cuando los dominicanos proclamaron la separación de Haití, el 27 de febrero de 1844 y crearon un Estado al cual llamaron REPUBLICA DOMINICANA, los pueblos de la parte española de la isla de Santo Domingo estaban comprendidos dentro de los Departamentos **Cibao y Ozama**, conforme lo había establecido la Constitución Haitiana de 1843. Esos Departamentos estaban divididos en **cabeceras, cantones y comunes**; poblaciones que luego de surgido el nuevo Estado, por virtud de una disposición de la Junta Central Gubernativa se constituyeron en las primeras cinco provincias que tuvo nuestra República: Santo Domingo, Santiago, Azua, La Vega y El Seibo, las cuales, a su vez, se subdividieron en 29 comunes.

Para esa época la población dominicana se estimaba en una cifra aproximada de 125,000 personas. Las relaciones de producción de la parte española de la isla, aunque imbricadas al peculiar modo de producción capitalista que imperó en el llamado Nuevo Mundo a raíz del descubrimiento, la conquista y la colonización, eran fundamentalmente de bases agrarias. Las principales características del "modo de producción" de los dominicanos el cual, en gran parte, se manifestaba al través de la pequeña propiedad rural, eran el cultivo del café, del cacao, del algodón, de la caña, de frutos menores, del tabaco y el corte de maderas, estos dos últimos rubros con fines de exportación.

Desde febrero de 1822 -como se sabe- nuestros ancestros habían sido incorporados a la República Haitiana y por virtud de dicha unión la isla devino "una e indivisible". En los albores de la "dominación haitiana", los dominicanos pertenecientes a la clase de los trabajadores experimentaron un significativo cambio cualitativo. La esclavitud fue abolida por Boyer. Extensos terrenos comuneros y otros que estaban en manos de unos cuantos terratenientes fueron repartidos entre el campesinado. Las propiedades de la iglesia, que entonces era una de las principales fuerzas productivas, fueron confiscadas y distribuidas entre los campesinos desposeídos; al igual que las pro-

piedades de aquellos ciudadanos que se habían ausentado de la isla. Estas medidas, con el tiempo, permitieron a los dominicanos alcanzar un grado de desarrollo económico muy elevado en comparación con los tiempos de la llamada "España Boba"; pero las relaciones sociales y políticas entre las dos comunidades no tardaron en devenir antagónicas debido a razones de orden cultural, político y económico, cuyos principales aspectos no nos compete dilucidar en este trabajo.

El progresivo estancamiento de la economía haitiana en el decenio 1830-1840, caracterizado por una notable reducción de los precios de los principales productos de exportación tanto haitianos como dominicanos, contribuyó a agudizar las contradicciones políticas entre la pequeña clase media, los hateros dominicanos y la clase gobernante haitiana. Fue así como en la parte Este de la isla surgieron diversos grupos políticos interesados en provocar una ruptura con Haití para entonces establecer una República libre e independiente, según aspiraban unos; o para retornar al coloniaje ibérico, francés o inglés, de acuerdo con los anhelos de otros.

Acaso el más profundo pensador alemán del siglo diecinueve en cierta ocasión escribió que donde no existen intereses comunes no puede haber unidad de propósito y mucho menos de acción. En el Santo Domingo de 1844 los diversos grupos políticos que aparentemente se unificaron en torno a la separación de Haití, en realidad procedieron obedeciendo a intereses políticos y económicos muy distintos, por lo cual el verdadero resultado deseado no pudo materializarse plenamente. Sin embargo, la República Dominicana fue creada tan pronto se dio el grito de separación y la inmediata reacción haitiana consistió en enviar una importante invasión con el propósito de someter "al orden" a los "haitianos del Este", que era como se denominaba a los dominicanos en los documentos oficiales haitianos. Fue esta invasión la que permitió que en el mes de marzo de 1844 se escenificaran dos importantes encuentros bélicos entre los ejércitos haitiano y dominicano.

La invasión del ejército haitiano, con el presidente Charles Herard a la cabeza, se produjo simultáneamente por tres puntos: el general Louis Pierrot penetró a territorio dominicano por el norte al frente de un ejército estimado entre 10 y 15,000 soldados; el general Souffront por el sur, vía Neiba; y el general Herard, también por el sur, pero en dirección a Las Matas; ambos con un ejército estimado en 20,000 hombres. El plan del presidente Herard consistía en tomar la ciudad de Santo Domingo mediante acciones combinadas de sus fuerzas por el sur y por el norte.

A pesar de que en La Fuente del Rodeo -el 11 de marzo- un contingente dirigido por el general Augusto Brouard y soldados dominicanos al mando de Fernando Taveras sostuvieron el primer choque bélico entre dominicanos y haitianos, acción esta que el historiador José Gabriel García convino en denominar "el verdadero bautizo de sangre de la República ", no fue sino hasta el 19 de marzo, mediante una serie de escaramuzas que don Sócrates Nolasco ha llamado como un "choque de vanguardias", cuando las tropas que dirigía el Presidente Herard se enfrentaron al improvisado y valeroso ejército popular que habían estructurado los dominicanos y escenificaron la memorable Batalla de Azua.

Al frente del ejército popular dominicano, la Junta Central Gubernativa había designado como General en Jefe del Ejército de sur a un influyente hatero de El Seibo, quien carecía de formación militar, y quien en esa ocasión por primera vez en su vida se veía involucrado en una acción bélica de esa envergadura y dirigiendo las delicadas operaciones militares que exigían circunstancias tan apremiantes. Los dominicanos, empero, actuaron movidos por el esfuerzo común y por el anhelo general de vencer y-según el decir del historiador García- fueron ese esfuerzo y ese anhelo los factores que coadyuvaron a que la victoria fuera espléndida. Sin embargo, esa espectacular victoria se vio seriamente amenazada ante una acción que luego del triunfo de las armas dominicanas, ha suscitado encendidas y apasionadas polémicas, pues el general Santana ordenó realizar la todavía hoy inexplicable retirada del ejército dominicano desde Azua hasta Sabana Buey, primero, y desde allí a Baní, después.

Es evidente que al obrar de esa manera el general Santana no solo evidenciaba una falta de conocimientos técnicos y de práctica en los menesteres militares, sino que al proceder así desconoció principios elementales del arte de la guerra, pues "en la guerra, y especialmente en la guerra revolucionaria, la rapidez en la accion, tan pronto como se ha adquirido alguna ventaja constituye una regla primordialísima..." Además, es axiomático que en las revoluciones, al igual que las guerras, se debe demostrar siempre una oposición poderosa y -según opinan los entendidos en asuntos militares- quien ataca es el que siempre lleva la ventaja. Por eso, en las guerras -lo mismo que en las revoluciones- "es suprema necesidad resolver los conflictos en el momento oportuno, cueste lo que cueste"; y quien en una revolución o guerra ocupe una posición ventajosa y la abandone sin que el enemigo pruebe sus fuerzas en el asalto, no merece otro trato que no sea el de traidor.

La retirada del ejército dominicano desde Azua a Baní, por orden del general Santana, desmoralizó y consternó notablemente a la población y causó gran preocupación en el seno de la Junta Central Gubernativa. Debido a esa razón fue que el 21 de marzo Juan Pablo Duarte fue nombrado GENERAL DE BRIGADA y enviado al frente de un contingente de soldados para que actuara de común acuerdo con el general Santana o, en caso de que fuere necesario, lo sustituyera en el mando de las operaciones. Entre ambos líderes, como se sabe, no se produjo acuerdo alguno. Minetras Duarte era partidario de atacar al ejército haitiano, Santana, por su parte, prefería mantenerse en Baní "a la defensiva". Las contradicciones entre Duarte y Santana, al parecer, alcanzaron un grado de deterioro tal, que ante la insistencia del joven revolucionario para obtener permiso de la Junta Central Gubernativa y, junto con sus soldados, actuar por su parte, se le ordenó reintegrarse a Santo Domingo, donde supuestamente era necesitado. Pocos días después, los haitianos ocuparon Azua sin el menor obstáculo, acción esta que contribuyó a preocupar aún más a los habitantes de Santo Domingo.

Entretanto, la zona norte de la parte española era también víctima del desconcierto, la desmoralización, el caos y la indisciplina, producto no sólo de la escasez de pertrechos bélicos con los cuales oponer resistencia al imponente ejército haitiano que avanzaba hacia Santiago, sino evidentemente por las noticias desalentadoras de la arriesgada situación en que se colocaron los dominicanos después de haber obtenido en Azua un virtual triundo frente a las vanguardias haitianas y haberse producido la inexplicable y desordenada retirada.

El 30 de marzo de 1844, luego de que el ejército haitiano que dirigía Pierrot sostuviera algunos choques bélicos con soldados dominicanos al paso del ejército invasor por varias de las comunidades del noroeste, el general Louis Pierrot se presentó frente a la Sabana de Santiago y dividiendo sus tropas en dos columnas de 2,000 hombres cada una, atacaron además de la Fortaleza San Luis, los Fuertes Dios, Patria y Libertad -que los santiaguenses habían construido días antes con el propósito de brindar mejor protección a la ciudad.

Es conveniente reiterar aquí que apenas tres días antes de la llegada del ejército invasor a las inmediaciones de Santiago, la ciudadanía fue víctima de una general consternación fruto, sin duda, de la inseguridad de muchos compatriotas y del desaliento que había producido la noticia de la retirada de Santana desde Azua a Baní. El desconcierto era de tal magnitud que a nadie se le ocurrió pensar -como lo sostuvieron posteriormente los miembros de la escuela santa-

nista- que la retirada había sido una jugada táctica del General Santana. Por lo general, un ejército -salvo raras excepciones- se retira cuando la derrota es inminente; y ése no fue el caso de Santana en Azua. Sin embargo, en Santiago reinaba la anarquía. El general Ramón Matías Mella era el responsable de la Plaza de Santiago, pero como en Las Matas predominaban la confusión y el desconcierto entre la población, el intrépido hombre del trabucazo optó por dirigirse a esa población, junto con el general Pedro de Mena y el capitán José Desiderio Valverde, para tratar de aplacar los ánimos y organizar la resistencia. Es fama que antes de Mella abandonar Santiago instruyó al capitán de artillería, el teniente José María López, para que en caso de que todo estuviera perdido procediera a inutilizar los tres cañones con que se disponía y evitar de ese modo que el ejército invasor pudiera emplear esas armas en contra de los dominicanos.

En esos momentos llegó a Santiago el general Felipe Vásquez, de La Vega, con instrucciones de organizar la resistencia que debía oponérsele a los haitianos. A este general le fue imposible cumplir su objetivo por lo que decidió retirarse contribuyendo así a agravar aún más el estado sicológico de la población. Fue entonces cuando se pensó en el caudillo del movimiento separatista de Moca, el general José María Imbert, quien de inmediato fue llamado a Santiago para que se hiciera cargo de las operaciones militares.

Refiere uno de los testigos de aquellos días heroicos que el general Imbert inmediatamente acudió al llamado que se le formuló y que sin pérdida de tiempo procedió a organizar las tropas de que entonces se disponía, a fin de salir al encuentro del ejército invasor lo cual ya para el 27 de marzo no era posible debido a que los indeseables visitantes se encontraban muy próximo a la ciudad. El general Imbert hizo construir fosos en torno a los Fuertes "Dios", "Patria" y "Libertad"; dispuso la colocación de cañones en cada uno de ellos y envió a buscar al capitán José María López, a quien conocía como hombre serio, valiente y excelente artillero. Asimismo, ordenó al comandante Frómeta y al doctor Bergés para que exploraran la posición del ejército invasor e informaran de su situación.

La batalla de Santiago, como se sabe, se inició alrededor de las 12 del mediodía; y duró un promedio de cinco horas. Los haitianos, en posición harto desventajosa, vadearon el río Yaque e intentaron, tanto por el ala izquierda -que estimaban el punto más débil de los santiaguenses- como por el ala derecha, perforar la inextricable defensa que habían estructurado las tropas comandadas por Imbert y otros

valerosos soldados. Los resultados fueron desastrosos para el invasor. Junto al fuego combinado de los cañones de los fuertes "Dios", "Patria" y "Libertad", de la Fortaleza San Luis y del ataque del pundonoroso Fernando Valerio y sus andulleros de Sabana Iglesia -acción realizada a puro machete-, las bajas haitianas se dice que alcanzaron una cifra superior a los 700 muertos e igual números de heridos.

Esta inesperada situación, pues los hatiainos habían subestimado en su totalidad la capacidad de defensa de los dominicanos, indujo al general Pierrot a solicitar una tregua para poder recoger sus muertos y heridos y también para negociar una retirada. Es fama que durante las negociaciones los dominicanos realizaron una maniobra maestra frente al ambicioso Pierrot y le mostraron una hoja impresa en Santo Domingo en la que se daba cuenta de que el presidente haitiano Charles Herard, había muerto en combate en la ciudad de Azua. Esta noticia, al parecer, alentó el deseo de Pierrot de convertirse en presidente haitiano y no titubeó en ordenar a sus tropas la retirada hacia Haití. Entre los santiaguenses y los haitianos hubo un pacto de no agresión; pero desconocedores de ese acuerdo, los dominicanos de la Sierra y de otros poblados por los cuales forzosamente el derrotado ejército haitiano debía transitar en su retorno a la "Tierra Montañosa", se procedió a hostigar a los invasores, causándoles numerosas bajas. Un dato muy curioso, y que ha llamado mucho la atención de los estudiosos, lo constituye el hecho de que las tropas dominicanas -según el decir del mismo general Imbert- no tuvieron una sola baja.

Ahora bien, las dos batallas de marzo fueron sin duda las primeras jornadas bélicas que sostuvieron los dominicanos para defender la naciente República Dominicana, la cual los haitianos se resistían a reconocer. En torno a esas dos memorables batallas se suscitarían posteriormente interesantes controversias cuyos orígenes, a mi entender, tienen su fundamento en el surgimiento y desarrolllo del caudillismo en nuestro país y en la agudización de los conflictos regionalistas que matizaron la sociedad dominicana del pasado siglo.

Fue así como surgieron versiones discordantes respecto de las dos batallas de marzo; una de ellas fue, en mi concepto, prohijada por los áulicos del general Santana; y la otra, fue obra de los liberales que se identificaron con la corriente política duartiana. Para los santanistas, proclamar la República fue una cosa y afianzar la nacionalidad fue otra muy distinta. Para la primera se necesitó del simple trabucazo de Mella, en la Puerta de la Misericordia, y del posterior pronunciamiento realizado en la memorable Puerta del Conde. Pero para lograr la segunda, se precisó de un hombre de la talla del general

Pedro Santana y de una acción bélica como la Batalla de Azua, que fue la que -según ellos- afianzó la independencia.

Para los que no comulgaban con la tesis santanista, la acción librada en Azua tuvo una importancia relativa pues en ningún momento afianzó la naciente nacionalidad porque no impidió que los haitianos, tal y como se lo habían propuesto, ocuparan la plaza que no habían podido tomar por la fuerza. Y agregaban que de no haber sido por la victoria lograda por los santiaguenses el 30 de marzo en Santiago, otra habría sido la suerte de la naciente República Dominicana.

Sin embargo, se impone analizar aunque brevemente los resultados de ambas batallas a fin de medir la magnitud de sus implicaciones políticas y sicológicas en la subconciencia de los dominicanos de la época. Aunque para 1844 los dominicanos contaban con lo que he llamado una vieja tradición militar, lo cierto es que en el orden político la mayoría no se creía con capacidad para subsistir independientemente del concurso de una potencia extranjera. Como la idea de la independencia pura y simple era sostenida y defendida única y exclusivamente por los jóvenes duartistas, quienes carecían del poder económico para financiar sus actividades revolucionarias, prevalecía el consenso de la clase de los conservadores, quienes por razones fundamentalmente reaciales y económicas eran partidarios de la separación de Haití para luego pasar a depender de una potencia colonial extranjera. Los dominicanos que proclamaron la separación de Haití en 1844 carecían de un ejército profesional y permanente. Había algunos dominicanos que habían realizado carrera militar y también los había que poseían cierta experiencia en el manejo de las armas y en las artes pretorianas, sin duda adquirida al través del servicio militar haitiano, como fue el caso de Duarte y de otros compañeros suyos. A la voz de invasión del otrora poderoso ejército haitiano, lo normal era creer que una resistencia victoriosa por parte de los dominicanos era casi un imposible. En tal sentido, al defender la naciente República, lograr imponerse a las tropas haitianas revestía una significación inconmensurable para los dominicanos. Las expectativas para Marzo 19 no eran las mejores sobre todo porque ya se tenía noticias del fracaso de Fernando Taveras en la Fuente del Rodeo y también en Las Cabezas de María. De modo que cuando la embestida del ejército haitiano fue rechazada por los dominicanos en Azua, el júbilo fue sin duda indescriptible y tuvo que haber sido un poderoso factor para robustecer la fe del dominicano en su capacidad para crear una República y defenderla de su enemigo más próximo, que eran los haitianos. Pero la "inesperada e inoportuna" retirada del ejército dominicano desde Azua a Baní, alarmó a la ciudadanía porque se pensó

que el ejército invasor se acercaría aun más a la ciudad sede del nuevo gobierno y ello ponía en virtual peligro de muerte al naciente Estado, sobretodo, cuando se tenía noticias de que, vía el Cibao, se acercaba una imponente escuadra enemiga cuyo objetivo también era llegar a la capital por el Norte. No cabe duda, pues, de que hubo momentos en que muchos compatriotras pensaron que la empresa republicana fracasaría y que sólo se imponía esperar los resultados de las fuerzas nacionales en el Cibao las cuales, de no lograr contener el avance de los haitianos, iban a poner a la capital en una situación harto embarazosa. Pero en Santiago se triunfó y la victoria produjo la retirada de los invasores hacia Haití, impidiendo así que se materializara el plan de Herard que consistía en tomar Santo Domingo mediante un ataque combinado por dos frentes.

Herard, pese a su intento fallido en Azua, no desistió de sus propósitos hasta enterarse de los sucesos ocurridos en Santiago y de que Pierrot se había retirado a Haití en donde, junto con otros políticos, propició un golpe de Estado que derrocó su régimen y permitió que Philippe Guerrier ocupara la presidencia de Haití. No fue, pues, la victoria de Azua lo que causó la retirada del ejército invasor que había penetrado al territorio dominicano por el Sur, sino la noticia de que parte de su estrategia había fracasado y de que en Haití se habían producido sucesos con el propósito de alejarle del poder político. De ahí que haya quienes han sostenido que fue la victoria de Santiago la que finalmente afianzó la naciente República Dominicana y no, como han afirmado los santanistas, la batalla librada en Azua.

Sin embargo, como los conflictos bélicos con los haitianos continuaron con posterioridad a las dos batallas de marzo de 1844 creándose una guerra dominico-haitiana que duro casi 10 años, nos hemos visto precisados a concluir que ninguna de las dos batallas fue determinante en cuanto respecta al afianzamiento de la República Dominicana, la cual se mantuvo inestable merced a las constantes invasiones haitianas, a la crisis económica que entonces experimentó el joven Estado, a las presiones internacionales que sobre el mismo ejercieron las tres potencias más poderosas de la época y a la pendencias civiles que surgieron en el seno del pueblo dominicano producto del caudillismo y del militarismo. Cuanto acontece, empero, no significa que debemos restarles mérito a los valerosos soldados que tanto en la batalla de Azua como en la de Santiago defendieron con valor la incipiente nacionalidad dominicana; pero, en aras de la verdad histórica, seríamos justos si reconociésemos -junto con el historiador Alcides García Lluberes- que la retirada de Santana a Baní le restó a la victoria de Azua considerable parte de su trascendente efecto moral y político; y

que fue la batalla de Santiago **la que realmente contribuyó a fortalecer la fe de los dominicanos en la viabilidad de la República Dominicana.** Fue, por tanto, estimulados por esa fe en nuestro potencial político y militar, robustecida por la imponente victoria alcanzada el 30 de marzo en Santiago, que nuestros antepasados lucharon durante diez años, primero contra los haitianos, y durante tres años contra los españoles, después -cuando la gloriosa guerra restauradora- a fin de mantener erguida, libre e independiente a la Patria que el 27 de febrero de 1844 nos legaron Duarte y sus inmortales compañeros de lucha.